

El inmarcesible papel del libro médico impreso

Se viven tiempos de una drástica transformación conceptual y tecnológica en casi todos los campos del saber, notoriamente en materia de informología e intercomunicación. Y tal como suele ocurrir en casi todas las revoluciones, de la índole que ellas sean, hoy día se vienen desencadenando afares destructivos, hasta entonces reprimidos. En efecto, resuenan ya voces que ominosas, vaticinan la próxima inmolación de la letra impresa, toda ella, en aras de los nuevos sistemas dígito-informológicos. En el área tecnológica, particularmente con publicaciones periódicas, se viene optando por una conveniente dualidad, al tenor de la cual aparecen casi simultáneamente la versión impresa y la “digitalizada”. Tal es el caso de nuestra Acta Pediátrica de México. Y ya vienen surgiendo revistas y libros completos, catalogados como “electrónicos”.

En el caso de las ciencias médicas, el advenimiento de esta nueva era ha representado el supremo recurso práctico para la actualización inmediata de conocimientos, ya sea los que emanan de las más recientes aportaciones científicas, o bien las necesarias para el ejercicio cotidiano de la profesión médica, a guisa de oportuno y actualizado vademécum electrónico. Sin duda, como indispensable que viene siendo para la síntesis y análisis de la información, y consecuentemente de la toma de decisiones, la parafernalia surgida al compás de este progreso, resulta ya imprescindible para la enseñanza y la práctica de la epidemiología, para las vertientes administrativas de la medicina, o en cuestiones estadísticas de toda índole.

Justificadamente pues, el muy recientemente publicado informe final de la Comisión Independiente para la Educación de Profesionales de la Salud en el Siglo XXI, considera a la tecnología digital como eje de la enseñanza

de las ciencias de la salud, promotora de las capacidades de razonamiento y de la comunicación, como de óptimas relaciones entre los profesionales de la salud y sus alumnos, y la población a la que sirven.

Presumiblemente, no existen escollos para lo que en sus orígenes, era conocido como la “supercarretera de la información”. Vehículo para la interacción social pues, incomparable instrumento para la “mundialización”, si mal que bien aún no inmune al acallamiento político represivo, dicho sea esto de paso.

Contemporánea visión que bien podría sustentar a las supradichas tan categóricas predicciones de tales casandrescos augures. Mas fuerza es reconocer que casi irremediamente, la gran abundancia de información, su fácil accesibilidad y comprensibilidad, pueden conducir a hacer caso omiso, cuando no dar lugar a menosprecio, de los definitivos y sólidos cimientos nocionales, a que desde antiguo quedan plasmados en tinta y papel, o sea, en el libro impreso.

Esto, en cualquier área del pensamiento y del conocimiento. En el caso nuestro, el libro médico, en cualquiera de sus múltiples modalidades, tantas que resulta inoperante algún intento de describirlas en detalle. Típicamente, el libro médico es el continuado producto de genuina solidez de conocimiento, impulsado por imperiosa necesidad de compartir lo sentido, lo sabido y lo puesto en perspectiva. Tan es esto así, que hasta el noble libro de texto médico, cuyo grado de actualización lleva como epitafio la fecha en que el manuscrito se es entregado al editor, resulta ser instrumento indispensable para entender a cabalidad cualquier novedad científica y conceptual. Alma y sustento de lo una vez en él aprendido, el libro médico forma parte de nuestro propio ser. Por eso, muchos nos afanamos en conservarlo de por vida; por lo mismo, siguen habiendo bibliotecas y quienes las utilizan, y prosperan las librerías de obras viejas.

Como digresiva consideración al margen, quizás ajena al saber actual, a la luz de alguna secuencia posicional en el aprendizaje, el proceso pedagógico habitual transita de la verticalidad de la pizarra (pizarrón como mexicanismo), a la horizontalidad de la escritura y de la lectura de lo escrito y lo impreso. Parecería entonces antifisiológico regresar a la escritura y la lectura sobre la pantalla vertical de un ordenador.

Sea cual fuere el desarrollo de la ciencia y la técnica de la información, el libro médico impreso nunca perderá índole ni prestancia. Podrá conformarse con

las modalidades y exigencias digitales, en calidad de pacífica convivencia e interacción. Proceso que nunca podrá restar al libro médico trascendencia y mérito algunos, ni menoscabar su carácter de fehaciente testimonio de la imperecedera grandeza de la mente humana. Por el sublime espíritu del hombre, el libro habla.

Dr. Silvestre Frenk

*Unidad de Genética de la Nutrición
Instituto Nacional de Pediatría*